

EDITORIAL

Humberto Carrión McDonough

Editor de la Sección de Derecho

Nací en Managua el 22 de febrero de 1952. Estudié en el Colegio La Salle de Managua hasta cuarto grado y posteriormente en el [Colegio Centroamérica](#), bachillerándome en 1969. En este último me matriculó mi padre cuando la Orden de los Jesuitas abrió en Managua un colegio de primaria, es decir hasta sexto grado. Después fui al internado en Granada donde estuve dos años, hasta que el colegio cerró y se trasladó de manera definitiva a Managua.

Inicié los estudios universitarios también en Managua, en la [Universidad Centroamericana](#), en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales por decisión propia como una opción cultural. Recién había declinado la oferta de una beca para estudiar en la [Universidad de Michigan](#), en Ann Arbor, cuando me encontraba allá estudiando inglés después del bachillerato. Años después me arrepentí por supuesto.

Me gradué por tanto en Managua de Doctor en Derecho en 1975, título que se confería entonces después de seis años de estudio; y después de la graduación me trasladé a Nueva Orleans a estudiar una maestría en derecho en la [Universidad de Tulane](#). Ahí descubrí la *Latin American Library*, a la que prácticamente me trasladé desde la biblioteca de la Escuela de Leyes, para hacer mis investigaciones para la tesis de maestría.

Durante mis investigaciones para la tesis conocí y entendí mucho sobre la historia de Centro América, particularmente de Nicaragua, y sobre las relaciones de los Estados Unidos con la región y su injerencia como potencia extranjera. Esto último me impactó de tal manera que investigué con mayor intensidad las intervenciones militares de los Estados Unidos en Nicaragua y sus causas, lo que me llevó a [Sandino](#) y al [sandinismo](#).

Después del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro en Managua en enero de 1978, lo que inició la insurrección popular que capitalizó el [FSLN](#), me integré a la red de solidaridad que se estableció en los Estados Unidos durante la guerra contra el régimen de Somoza.

Regresé a Managua en el primer vuelo que salió de Nueva Orleans en agosto de 1979, después de entregar mi tesis. A este punto no pensaba más que en

hacer mi contribución con lo que venía en Nicaragua, particularmente porque sabía que un buen número de mis compañeros del Colegio Centroamérica estaban involucrados con el FSLN en cargos de responsabilidad, y los consideraba íntegros. Y yo simpatizaba con un pensamiento y acción que cambiara las cosas en el país.

Una vez en Managua busqué una colocación en el sector público que fuera afín a mis estudios, investigaciones e inclinaciones. Después de un año y medio de trabajar en dos instituciones distintas me integré al servicio diplomático en el exterior, ya que descubrí que esa era mi vocación, y me integré por medio de quien fue el coordinador del sur de los Estados Unidos de la red de solidaridad con el FSLN durante la guerra. Él ya estaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

No imaginé que el nombramiento que se me haría sería para representar a la joven revolución de Nicaragua ante los Organizaciones de las Naciones Unidas en Roma, Italia, donde me transferí. Serví en ese país siete años y medio entre 1981 y 1988.

En los años mencionados, la solidaridad con Nicaragua de los países miembros de las organizaciones internacionales fue manifiesta, con la evidente salvedad de los Estados Unidos. Aun así, en los distintos foros se logró aislar esa voz discordante y promover la cooperación con Nicaragua, no solo de los países miembros, sino que de los directores generales y del personal de esas organizaciones.

A principios de 1985 decidí conscientemente moderar el tono contra los Estados Unidos en mis intervenciones en los foros internacionales, en parte porque ya cansaban por repetitivas, pero sobre todo porque cada dos años viajé a Nicaragua a visitar los proyectos de desarrollo que me correspondían, y comencé a ver las cosas de distinta manera. Tan es así, que en las reuniones de los Representantes Permanentes de los países de la región de América Latina y el Caribe, me atreví a decir alguna vez que los problemas relacionados con el subdesarrollo en la región se debían tanto a factores exógenos como endógenos.

Intuyo que esa actitud independiente de pensamiento frente a la posición del régimen en Nicaragua de culpar de todos los males a un solo factor externo – el imperialismo yanqui–, se filtró al Ministerio de Relaciones Exteriores, y a mediados de 1988 fui despedido sin opción a otra responsabilidad diplomática. Regresé por tanto a Nicaragua con mi familia, alejándome de todo aquello que fuese gobierno y partido FSLN.

Después de las elecciones en Nicaragua en 1990 en conformidad con los acuerdos de [Esquipulas](#) para terminar las guerras en Centroamérica, y en particular

la de Nicaragua –las que perdió el FSLN–, presenté mi interés en colaborar con el nuevo gobierno en el servicio exterior, con base en la experiencia adquirida en los años anteriores, mi inclinación profesional, y porque me identificaba con el proceso de dirigir a Nicaragua hacia la paz.

En esa ocasión mi destino fue Viena, Austria, país neutral y con buenas relaciones en ese entonces con los países vecinos por razones históricas: Hungría, Polonia y la entonces Checoslovaquia. El bloque soviético ya se había desintegrado. Desde Viena fui Embajador no Residente ante los países mencionados, Representante Permanente ante los Organismos de la Naciones Unidas en Viena y enlace con el Fondo de la OPEP para el Desarrollo. En esa época se logró la condonación de la deuda externa de Nicaragua a Austria y cooperación adicional de ese país, así como préstamos muy concesionales del Fondo de la OPEP.

A mediados de 1992 fui transferido a Italia, esta vez como Embajador en ese país, concurrente ante Chipre, y de nuevo Representante ante los Organismos de las Naciones Unidas en Roma. Italia estaba sumida en la inestabilidad e incertidumbre política causada por el colapso de la URSS, la pérdida de influencia del Partido Comunista Italiano, y el destape de la corrupción gubernamental por la campaña judicial **“manos limpias”**, que arrasó con los partidos políticos tradicionales que interactuaban en el poder, el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Socialista.

Para las siguientes elecciones generales en Nicaragua en octubre de 1996, el presidente electo me ofreció continuar en el servicio exterior. El ministro de relaciones exteriores sin embargo, recién instaurado el nuevo gobierno, por motivos de presupuesto cerró distintas embajadas incluyendo la de mi asignación.

Ya de regreso en Managua fundé una sociedad para proporcionar servicios legales, y años después busqué un medio de comunicación digital en los que pudiese hacer publicaciones sobre temas jurídicos. Navegando en la red encontré la revista Temas Nicaragüenses y a José Mejía Lacayo, su editor general. Me gustó tanto el enfoque académico como el contenido de la revista, y envié algunas contribuciones que fueron publicadas. Posteriormente José me sugirió ser el editor de la sección de derecho puesto que no había uno, lo que agradecí, y acepté. .■